

AUTONOMÍA, MECANIZACIÓN Y GUERRA: LA TRAMA DEL ORO EN EL PACÍFICO COLOMBIANO¹

MARÍA ISABEL GALINDO ORREGO*

Universidad Icesi

*mariaisabelgalindo47@gmail.com

SABINA RASMUSSEN*

Universidad Icesi

*rasmussensabina@gmail.com

INGE HELENA VALENCIA*

Universidad Icesi

*ihvalencia@icesi.edu.co



Artículo de investigación. Recibido: 6 de mayo de 2019. Aprobado: 12 de marzo 2020.

Cómo citar este artículo:

Galindo, María Isabel, Sabina Rasmussen e Inge Helena Valencia. 2020.

“Autonomía, mecanización y guerra: la trama del oro en el Pacífico colombiano”.

Maguaré 33, 2: 101-137 doi: <https://doi.org/10.15446/mag.v33n2.86198>

¹ Este artículo es resultado del proyecto de investigación “Minería ilegal en Colombia: retos del ordenamiento territorial para el posconflicto en la región del Pacífico”, financiado por la Universidad Icesi, en el marco de la convocatoria de proyectos de investigación interfacultades de 2017.

RESUMEN

El presente artículo busca destacar la agencia multidimensional del oro en diferentes aspectos de la historia de la región Pacífico y de sus habitantes, tanto humanos como no-humanos. A través de las reflexiones que surgen de un breve recorrido histórico sobre el Pacífico y del trabajo etnográfico realizado en los ríos Quito y Guapi, problematizamos la relación entre los habitantes de la región y el oro. Nuestra tesis es que en la actualidad el oro ha perdido su carácter multidimensional (imán de la conquista de territorios de difícil acceso en el período colonial, dinamizador de la esclavitud, medio para que las personas esclavizadas pudieran adquirir su libertad y complemento económico de las actividades de subsistencia), para tornarse en un vehículo de devastadora explotación, tanto para humanos como para no-humanos, en un contexto de conflicto armado y de mecanización de la actividad minera, que profundiza sus rasgos destructivos asociados a la muerte y el despojo.

Palabras clave: agencia del oro, búsqueda y extracción aurífera, conflicto armado, despojo, mecanización, minería, minería ilegal, Pacífico colombiano.

AUTONOMY, MECHANIZATION AND WAR: THE SOCIAL FABRIC OF GOLD IN THE COLOMBIAN PACIFIC REGION

ABSTRACT

This article highlights the multidimensional gold agency in the history of the Pacific region of Colombia, both for its human and non-human inhabitants. Based on a historical approach of the region and ethnographic fieldwork in the Guapi and the Quito rivers, we problematize the relationships between gold and the human inhabitants of the Pacific region. Our thesis is that gold has lost its former multidimensional agency (as a trigger for colonizing isolated territories during the colonial period, a driving force of slavery, a means to obtain freedom and a supplement of economic subsistence). Therefore, in a context of armed conflict and mining mechanization, it has become a vehicle of brutal exploitation for both humans and non-humans, a transformation that deepens its destructive traits of death and dispossession.

Keywords: armed conflict, Colombian Pacific region, dispossession, gold agency, gold mining and extraction, illegal mining, mechanization, mining.

AUTONOMIA, MECANIZAÇÃO E GUERRA: A TRAMA DO OURO NO PACÍFICO COLOMBIANO

RESUMO

Este artigo pretende destacar a agência multidimensional do ouro em diferentes aspectos da história do Pacífico colombiano e de seus habitantes, tanto humanos quanto não humanos. Por meio das reflexões que surgem de um breve percurso histórico sobre o Pacífico e do trabalho etnográfico realizado nos rios Quito e Guapi, problematizamos a relação entre os habitantes da região e o ouro. Levantamos a tese de que, na atualidade, o ouro vem perdendo seu caráter multidimensional (ímã da conquista de territórios de difícil acesso no período colonial, dinamizador da escravidão, meio para que as pessoas escravizadas pudessem adquirir sua liberdade e complemento econômico das atividades de sobrevivência) para se tornar um veículo de devastadora exploração, tanto para humanos quanto para não humanos, em um contexto de conflito armado e de mecanização da atividade mineradora, que aprofunda seus traços destrutivos associados à morte e à desapropriação.

Palavras-chave: agência do ouro, busca e extração aurífera, conflito armado, despojo, mecanização, mineração, mineração ilegal, Pacífico colombiano.

INTRODUCCIÓN

La región del Pacífico está ubicada en el Occidente de Colombia y está conformada por los departamentos de Chocó, Valle del Cauca, Cauca y Nariño. Históricamente se ha caracterizado por ser un lugar de asiento de sucesivos ciclos extractivos y por haber sido señalado como un territorio alejado y abandonado por el Estado, a pesar de ser un lugar de asentamiento tradicional de poblaciones afrocolombianas e indígenas. También sobresale por las dinámicas asociadas al conflicto armado, ya que actualmente distintos actores armados legales e ilegales se disputan el control territorial para la realización de actividades ilícitas ligadas al narcotráfico, los cultivos de uso ilícito y la minería ilegal. A la luz de la mirada de quienes han pretendido dominarlas, las tierras bajas del Pacífico colombiano han sido imaginadas como lugares de extracción cuyas gentes y geografías aparecen como objetos de explotación y de peligro, tan seductoras como amenazantes. A veces salvajes e infranqueables, otras baldíos y susceptibles de ser domesticados, estos parajes han constituido lo que Margarita Serje (2005) concibió como “revés de la nación”: bordes y territorios fronterizos despojados de su lugar e historia.

Creemos, en sintonía con algunos de los investigadores que han estudiado el Pacífico colombiano (Aprile-Gnisset 1993; Friedemann 1974; Herrera 2016; Leal 2009; Restrepo 1996; West 2000 [1957], 1972), que la extracción aurífera ha configurado un perfil particular de la región en el que se funden la historia humana y la historia natural, relatos y materialidades, poblaciones, oro, ríos, selvas y montañas minerales. Por ejemplo, el oro ha sido un elemento muy importante para entender procesos como la llegada de pobladores afrodescendientes en condición de esclavitud, su posterior emancipación, así como las dinámicas que hoy sobresalen, en particular la realización de minería de oro como una renta que financia la guerra. Vale la pena señalar que, a partir de la década de los noventa del siglo xx, la región del Pacífico colombiano empezó a ser disputada por distintos actores armados, que hoy ven en la minería ilegal una manera de financiarse y ejercer control sobre los territorios. Uno de los elementos más ilustrativos es la llegada, casi simultánea, de la maquinaria minera y la máquina de guerra al Litoral. Es decir, paralelo al proceso de recrudescimiento del conflicto armado a partir de la avanzada del proyecto paramilitar contrainsurgente y de la inclusión creciente de la región en el proyecto nacional a través de la

guerra (Agudelo 2001), encontramos una transformación de las prácticas mineras, ahora caracterizadas por el uso de maquinaria pesada como retroexcavadoras, dragas² y dragones.

Además, partimos de la presunción de que los materiales, su explotación y uso no son neutrales política, económica y ni socialmente (Drazin y Küclher 2015; Taussig 2004). Por eso, al momento de entender las dinámicas de una región como el Pacífico colombiano, se hace inevitable enfrentarse con el oro como material que agencia y atraviesa su historia mediante las más intrincadas interrelaciones entre seres humanos y no-humanos. Por ello con el propósito de indagar en las múltiples formas en que distintos seres (ríos, selvas, minerales como el oro, poblaciones humanas) resultan afectados por estos procesos extractivos, pensamos en una heterogeneidad emergente y relacional en la que humanos y no-humanos se coproducen y hacen sus interacciones en el mundo. En ese camino proponemos mostrar cómo la actual minería del oro que se realiza en el Pacífico puede implicar una suerte de “venganza” de la naturaleza frente a los intentos de su dominación (Taussig 2004), representando ya no la posibilidad emancipadora que tuvo antes, sino la causa de una paradójica escasez en medio de la destrucción, el abandono y la guerra.

Teniendo en cuenta la complejidad de procesos que afronta la región, este artículo tiene por objetivo indagar las transformaciones y agencias que el oro ha tenido en el Litoral Pacífico. A través de las reflexiones que surgen de un breve recorrido por la historia de la región, y del trabajo etnográfico realizado en los ríos Quito y Guapi, problematizaremos la relación de la región con el oro, lo que este ha tenido de emancipador como de esclavizante, de oportunidad como de condena, de prosperidad como de destrucción, de riqueza efímera como elemento causante de problemas persistentes. Partiremos de la tesis de que el oro ha perdido su carácter multidimensional (tanto emancipador como esclavizante) para tornarse en un vehículo de despojo, para humanos y no-humanos. Es decir, indagaremos por la

2 Según el documento de Tierra Digna (s. f.), una draga “es una embarcación utilizada para excavar material debajo del nivel del agua, y elevar el material extraído hasta la superficie. Una mini-draga cuenta con un motor con pequeña capacidad (30hp), mientras que un dragón cuenta con capacidad superior de succión”.

agencia del oro (Drazin y Küclher 2015) en cuanto elemento que dinamiza distintos tipos de relaciones económicas sociales y ambientales entre diferentes seres humanos y no humanos.

Nuestro trabajo de campo

Nuestro interés por el oro nace por comprender el lugar que ha tenido la minería en la configuración del Pacífico. Es decir, nos interesa indagar cómo la búsqueda y extracción de este metal ha agenciado distintos procesos económicos, sociales y ambientales que le han dado un sello particular a esta región. Por ejemplo, la minería de oro tradicional ha estado ligada a la presencia de la población afrodescendiente en la región. Tanto su presencia, como su pasado esclavizado y sus procesos de emancipación y autonomía tienen que ver con la realización de esta actividad como bien lo han demostrado trabajos pioneros como el desarrollado por Nina S. de Friedemann en *Minería, descendencia y orfebrería artesanal en el Litoral Pacífico* (1974) y los más actuales sobre historia de la minería con los trabajos desarrollados por Oscar Almario (2018).

Los estragos de la minería de gran porte que hoy se practica masivamente en la región los observamos en las visitas de campo realizadas en Quibdó y el río Quito en el Chocó, y Guapi en el Cauca, en el marco de la investigación *Minería ilegal en Colombia: retos del ordenamiento territorial para el posconflicto en la región del Pacífico* de la Universidad Icesi. Así, pudimos atestiguar las profundas consecuencias sobre los humanos, y deberíamos decir humanas, dado que las consecuencias del paquete tecnológico de la minería de gran porte incluyen, entre otras cosas, el uso del mercurio –metal pesado altamente contaminante y bioacumulable, que afecta a hombres y mujeres–. Han sido sobre todo las mujeres quienes manifiestan particularmente sentir las consecuencias de la contaminación del agua en sus cuerpos, tal vez antes que los hombres. Pero el daño también ocurre en los ríos, que ahora están erosionados y vienen con lo que se conoce como “el aguasucia”, el agua sedimentada y contaminada; incide en la pérdida de su cauce, en la desaparición de los peces y otros no-humanos de diferentes tipos que los habitan y hacen parte de ellos. Ante esta situación, la Corte Constitucional emitió la Sentencia T-622 de 2016, en la que declaró al río Atrato y su cuenca como un sujeto de derechos, en un intento de generar acciones estructurales

ante la gravedad de la situación, basándose en una perspectiva biocéntrica que modifica la manera en que la jurisprudencia trata a los no-humanos en Colombia, en este caso el río.

Como parte del trabajo de campo para el desarrollo de nuestra investigación tuvimos la posibilidad de recorrer el río Quito con las autoridades de los Consejos Comunitarios de la zona y la Diócesis de Quibdó, gracias a la invitación del Centro para la Justicia Social Tierra Digna, que organizó un evento sobre el reconocimiento de derechos del río Atrato. Uno de los objetivos del mismo fue conocer y reconocer de primera mano los estragos de la minería de gran porte de enclave extractivo, tanto en el río como en sus comunidades ribereñas, humanas y no-humanas. De este evento surgieron encuentros e intercambios con las personas ribereñas, entrevistas con líderes políticos y autoridades del territorio, líderes, personas de la academia y representantes políticos³.

El segundo lugar donde se llevó a cabo el trabajo de campo fue en Guapi, Cauca, donde se realizaron entrevistas y reuniones con autoridades de los consejos comunitarios, la Diócesis de Guapi, así como con líderes y lideresas locales. Estos tres encuentros definieron el marco de las conversaciones cuyos resultados expondremos aquí. La reunión con las autoridades de los consejos permitió iluminar una historia local imbricada con la minería, pero que muestra la transformación en las maneras de hacerla. La mirada desde los Consejos es clara: la población afrodescendiente ha sido minera por excelencia y urge cambiar de manos la extracción para que las mismas comunidades puedan continuar sacando el oro, pero sin irrumpir tan violentamente en el medio ambiente. Por su parte, tanto la Diócesis como los líderes y lideresas permitieron un acercamiento mucho más crítico frente al problema y nos proporcionaron una versión de la historia minera de la región llena de contradicciones y complejidades, especialmente con relación a la riqueza repentina y la paralela destrucción del tejido social, organizativo y natural que conlleva.

Estas experiencias y la posibilidad de diálogo e intercambio con una variedad de personas y organizaciones nutren este texto, que busca llamar la atención sobre un tema ineludible: los estragos que causa la minería

3 Para garantizar la confidencialidad se omiten los nombres de las personas entrevistadas.

mecanizada de gran porte. Incluso las terribles imágenes satelitales que muestran múltiples cuencas erosionadas, deberían ser suficiente para plantear e implementar con urgencia estrategias para cambiar esta forma de explotación del oro. Nótese que no nos referimos a la prohibición de la actividad minera, anclada como está en la historia de la región y sus gentes, ni tampoco a la formalización de las actividades como única solución, sino a un cambio que respete a las poblaciones locales, sus derechos, autonomía y tradiciones. Máxime, porque el Pacífico se ha clasificado como una de las regiones más biodiversas del planeta, con una red hidrográfica omnipresente en el territorio, un territorio que se ha construido precisamente en relación con el agua, con esos ríos y especialmente con su fluir.

Entre agencias y extractivismos

En un contexto en el que las fronteras del extractivismo se extienden por todo el mundo y se profundizan, abarcando cada vez más territorios sacrificables (Svampa 2008), es necesario replantearse las prioridades para generar formas de habitar el mundo que permitan a las diferentes especies vivir y florecer, incluso en aquellas zonas que han sido dañadas y yacen en “ruinas” (Tsing 2015), y donde solo se puede aspirar a unas “sanaciones parciales” (Haraway 2015). Sin embargo, en el territorio del Pacífico, la explotación del oro de aluvión de enclave extractivo con maquinaria de gran porte se impone fácticamente sobre cualquier otra posibilidad. ¿Cuáles son las razones que permiten comprender esta sinrazón de arrasar con gran parte de lo existente, como las dinámicas construidas entre los ríos y sus habitantes, por obtener el oro de esta manera? ¿Cómo se explica el “eterno retorno” del oro en esta región, por encima de cualquier otra posibilidad e interés en la misma? ¿Qué nos permite ver el oro, en su materialidad e historia, que puedan ser claves para pensar otras formas de convivencia entre humanos y no-humanos?

Como una manera de comprender la relación entre humanos y no-humanos, la antropología ha tenido que enfrentarse, y sigue haciéndolo, con la eterna dualidad entre naturaleza y cultura. La rígida dicotomía que diferencia lo que es “natural” de aquello que el ser humano ha creado es resultado de una forma peculiar de concebir el mundo propia del pensamiento occidental. Esta división ha impedido revelar otras formas posibles de percibir el mundo a propósito de la relación de los

seres humanos y su entorno. Por ejemplo el vínculo de algunos pueblos con el oro muestra cómo este es concebido como parte de un universo relacional en el que humanos y no-humanos se coproducen. Este elemento resulta tener agencia: el oro *se le corre* a quien lo persigue con ambición y la riqueza dorada enloquece a quienes de él se enamoran. Esto puede dar luces acerca de una nueva forma de pensar las interacciones entre seres humanos y el mundo no-humano en que se despliega la vida. En ese sentido, y siguiendo a Astrid Ulloa (2001, 201), las investigaciones que se ocupan de la naturaleza como un

ente con capacidad de acción y con un dinamismo propio replantean la visión de una naturaleza pasiva o prístina [...] los humanos no son determinados por el medio ambiente [y] la naturaleza no es determinada por los intereses individuales, lo que permite un nuevo entendimiento de la relación naturaleza/cultura como interdependiente e interactiva, en la cual ambas se afectan recíprocamente.

Muy de la mano de la propuesta de Astrid Ulloa, Philippe Descola (2001, 101) plantea que la construcción de la naturaleza varía con relación al contexto histórico y cultural y, en esa medida, es posible identificar la existencia de culturas “en que las distinciones entre tipos de seres vivientes, objetos y quimeras parecen borrosas, y donde los no humanos parecen compartir muchas características específicas de la humanidad”. La importancia que adquiere esta discusión reside en la posibilidad de imaginar una historia que piense en el oro como un elemento en constante interacción con sociedades humanas que en su encuentro con el mineral se dan forma mutuamente. Según Eduardo Gudynas (2011, 283), es fundamental romper con las perspectivas antropocéntricas sobre la naturaleza para realzar la posibilidad de comprender otras formas de conocer el mundo que nacen de ontologías relacionales en que no hay jerarquías verticales sino un diálogo, una conversación. Estas perspectivas, a propósito de la manera en que la antropología puede acercarse a una nueva concepción de los vínculos entre naturaleza y cultura para trascender la separación y plantear una antropología no dualista, apuntan justamente a dichas ontologías *planas*.

Estas miradas podrían complementarse con la propuesta de Bruno Latour (2008) y Michel Callon (1986) sobre una sociología relacional. La

teoría del actor red concibe “lo social” como el producto de un entramado de relaciones e interacciones entre agentes humanos y no-humanos. Se trata de una sociología de las asociaciones en la que se *ensamblan* aspectos heterogéneos en la que es posible adjudicar una capacidad de acción a entidades animales, vegetales, máquinas y humanos. Esta apuesta teórica, que es también metodológica, supone abordar las relaciones como constitutivas de una red y reemplaza las esencias por los múltiples nodos de un rizoma conectado. En ese sentido, podemos iluminar la reflexión aquí planteada, dado que se trata de contemplar la acción de agentes no humanos como el oro, y la manera en que agencian relaciones ambientales, sociales y económicas, además de concebir la historia como el devenir de las relaciones entre humanos y naturaleza.

Aun así, es importante mencionar que otra mirada para abordar la agencia del oro en la región ha sido el período colonial por las dinámicas económicas extractivas. Su forma de colonización está íntimamente ligada a su integración parcial como una despensa de productos naturales, que están allí para ser apropiados y comercializados más allá de la región (Leal y Restrepo 2003). Es un modelo de economía extractiva ausentista que es posible rastrear desde la Colonia (Agudelo 2001). Esto es, quienes se benefician de la inserción en el mercado de estos productos extraídos no son principalmente las poblaciones locales, sino actores por fuera de la región. Los productos que han aceitado los ciclos extractivos cambian, los actores que los dinamizan y la estructura sociopolítica en la que se mueven también, pero persiste esta dinámica de enclave de extracción para mercados externos, en los que las poblaciones locales se integran de diferentes maneras, aunque no redundan en la mejora de su calidad de vida en general, como veremos a continuación.

HISTORIA Y AGENCIAS DEL ORO EN EL PACÍFICO: ENTRE LA ESCLAVITUD Y LA AUTONOMÍA

En el caso del oro en el Pacífico, la expansión de la minería de gran porte que se dio desde la década de 1990 ha sido directamente proporcional al aumento de las expresiones de violencia en estos territorios. Este tipo de minería se realiza en general en los ríos y utiliza grandes máquinas generando profundas disrupciones en el territorio (Contraloría General de la República 2013; Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito-ONUDD 2016; Tierra Digna y Melo 2016). La alta informalidad de

la actividad minera, ligada a nuevas economías ilícitas y altos flujos del capital de actividades como el narcotráfico, y la vinculación de actores armados, tiene impactos considerables en las poblaciones que habitan y hacen esta región. A ello hay que sumar que los conflictos generados a partir de la explotación del oro han aumentado, debido a la falta de claridad respecto a las políticas rectoras mineras del país.

Es necesario aclarar que las formas de categorización de la minería que se realizan en la región son objeto de profundas discusiones, especialmente por la forma en que la normativa ha establecido la división entre lo legal y lo ilegal. Se trata de una normativa confusa que no distingue claramente los diferentes tipos de minería realizados, y que no diferencia claramente entre lo legal y lo ilegal, al punto que la Procuraduría General de la Nación (2011, 8), en su informe preventivo *Minería ilegal en Colombia* de 2011, habla de “anarquía normativa”. Así, un cambio con inmensas repercusiones fue la eliminación de la distinción de los tipos de minería según su tamaño, causando que grandes y pequeños pasen a ser tratados de la misma manera, medida que tiene múltiples repercusiones.

Massé y Camargo (2012) indican que la criminalización y la persecución que sufren en muchos casos pequeños mineros tradicionales es consecuencia de esta falta de distinción entre los diferentes tipos de minería. La situación actual de las transformaciones que ha traído esta forma de hacer minería conecta con el papel que ha tenido el oro en la historia de la región. Este recorrido mostrará cómo el carácter potencialmente emancipador de la extracción de oro devino casi exclusivamente esclavizante y cómo dicha actividad, sobre todo cuando se trata de ímpetus foráneos, ilustra la continuidad del despojo en aquellas tierras producidas como periferias, pero que a la vez constituyen centros fundamentales del extractivismo que alimenta la economía nacional y mundial (Villegas 2006).

En el caso del oro, este es un material fascinante y contradictorio. Atraviesa la historia del Pacífico colombiano y cobra especial relevancia desde la época de la Conquista y la Colonia, dado que se transforma en el objeto del deseo imperial y dinamiza la llegada de los poderes coloniales a la región. Son varios los rasgos distintivos del oro frente a otros materiales históricamente explotados en la región y que se tejen también con su historia. Los ciclos extractivistas del Pacífico han sido varios, pero veremos que el

oro permanece: el caucho, la tagua, la quina, el platino, las maderas finas, cada uno ha tenido su período de auge y de declive. Los sucesivos *boom* con diferentes duraciones, se han entrelazado con distintos actores que han sacado inmenso provecho y otros que han padecido las consecuencias, siendo los primeros generalmente actores foráneos y los segundos buena parte de las poblaciones locales (Leal y Restrepo 2003), y cada vez más los integrantes no-humanos de los territorios.

Así, por ejemplo, la tagua, el marfil vegetal, tuvo su época dorada hasta que la industria de los botones encontró en el plástico un material más adecuado y de fácil acceso. La quina fue reemplazada por las sustancias sintéticas desarrolladas por la industria farmacéutica. El platino se explotó cuando las reservas de los montes Urales se volvieron inaccesibles por la Revolución rusa, y se dejó luego por haberse vuelto escaso y por haber encontrado nuevas reservas en otras geografías (Leal 2009). Pero el oro nunca ha caducado y nunca ha perdido valor. Siempre presente, vuelve renovado, con fiebres cada vez más intensas, cargadas de sueños de emancipación pero también de violencia aguzada. Hoy el oro repica al son de guerras cada vez más cruentas, que involucran tanto a humanos como a no-humanos.

Desde la llegada de los europeos, el extremo noroccidental de Suramérica es inventado como una frontera casi impenetrable que promete ricos minerales. El sueño de El Dorado, entre otras muchas quimeras, motivó la conquista de la región. Los viejos pobladores indígenas enfrentaron impetuosamente la llegada de los extranjeros desde la primera década del siglo XVI. Dichas comunidades habitaban la región miles de años antes de la invasión europea en lo que se conoce como la fase indoamericana (Aprile-Gnisset 1993). En el periodo precolombino el trabajo del oro tenía un carácter distinto al que la empresa extractiva colonial propuso. Los antiguos orfebres lo consideraban materia poderosa, sangre de la tierra que precisaba un intercambio ritual para su extracción (Taussig 2013, 21). Antes de la llegada de europeos y africanos, las poblaciones amerindias del noroccidente del continente usaban la técnica de *buceo* para encontrarlo. Dicha técnica, extensamente utilizada en el periodo colonial, hacia la mitad del siglo consistía en zambullirse en la profundidad de los ríos para excavar su lecho y hurgar en las entrañas de la tierra donde se encontraba la *roca madre*, lugar en que yace el oro después

de ser arrastrado por el agua de las montañas a los cauces ribereños (Taussig 2013; West 1972).

A partir del siglo XVI el Pacífico colombiano se convirtió en escenario privilegiado de la actividad minera. Las búsquedas de oro trajeron foráneos a incursionar en estas tierras y las cabeceras de los ríos constituyeron el lugar por excelencia de la explotación aurífera. El río Atrato fue uno de los primeros escenarios en que tuvo lugar el encuentro colonial entre indígenas y españoles. Sus aguas fueron surcadas en 1512 por Vasco Núñez de Balboa, quien declaró la existencia de importantes yacimientos auríferos en aquellas tierras bajas (West 2000). Entre 1540 y 1570 las expediciones que navegaron los ríos Atrato y San Juan fueron contenidas por las difíciles condiciones climáticas y por la resistencia guerrera de los pueblos nativos. Apenas en 1573 fue posible comandar, desde la ciudad de Toro –localidad ubicada en ese entonces en lo que hoy es territorio chocoano y que fue trasladada luego al norte del departamento del Valle–, una incipiente explotación de oro y, a finales de siglo, se fundó el Real de Minas de Nóvita, epicentro minero de la región (Rueda 1993).

El primer ciclo de explotación aurífera estuvo en manos de los pueblos indígenas nativos, articulados como servidumbre en la actividad minera colonial. Luego, diezmada dramáticamente la población amerindia, los colonizadores destinaron contingentes de africanos esclavizados como mano de obra para la extracción de oro. A partir de la “pacificación” de los indígenas, hacia 1630, las poblaciones negras esclavizadas empezaron a predominar en las zonas de placeres auríferos en lo que se conoce actualmente como el departamento del Chocó (West 2000). Los reales de minas se establecieron definitivamente desde mediados del siglo XVII, y su huella puede rastrearse en los actuales centros mineros del Pacífico colombiano que siguieron asentándose cerca de la antigua zona de influencia (Restrepo 1996). Durante los primeros años del siglo XVIII florece la explotación de oro en el Chocó y se acentúa la presencia de esclavizados negros en dicho territorio (West 1972). Por su parte, en el Pacífico sur, el río Timbiquí es también protagonista del auge minero y esclavista. Las familias Mosquera y Arboleda expandieron su dominio sobre hombres, tierras y minas desde inicios de 1700 hasta la mitad del siguiente siglo (Taussig 2013, 102).

Robert West (2000, 155) afirma que en el periodo colonial la explotación minera tuvo tres importantes epicentros a partir de los cuales se colonizó

toda la región: i) los tributarios orientales de las cuencas altas de los ríos Atrato y San Juan, es decir, el corazón del Chocó; ii) el distrito de Barbacoas que incluye los ríos Telembí y Magüí y sus tributarios; y iii) los cursos medios y altos de numerosos ríos que atraviesan la angosta planicie aluvial entre Buenaventura y la bahía de Guapi. En este contexto los esclavizados que se organizaban en cuadrillas para la explotación eran propiedad de hacendados y esclavistas, generalmente ubicados en Cali y Popayán. En la Colonia la región fue la mayor productora de oro para la Corona, siendo los territorios mineros los únicos ocupados por esta (Leal y Restrepo 2003, citados por Rasmussen y Valencia 2018).

Posteriormente, las guerras de independencia frente a la corona española en las primeras décadas del siglo XIX y la emancipación de esclavos a mediados del mismo conmocionaron la actividad minera a lo largo de todo el Pacífico colombiano. Los conflictos bélicos y la manumisión de los esclavizados declarada en 1851 desestabilizaron la producción aurífera, diezmando su mano de obra en nombre de la independencia nacional o de la libertad de los otrora esclavizados. El flujo de población alcanzó niveles importantes y, en la segunda mitad del siglo XIX, las poblaciones negras se dispersaron y fundaron nuevos asentamientos ahora en libertad. Sin la esclavitud, los nuevos “libres” empezaron a vivir del monte, los ríos, los manglares y el mar; abandonaron las cabeceras –centros del poder minero colonial– y poblaron las tierras bajas del Pacífico, en los cauces medios y bajos de los ríos, continuando con la realización de la explotación aurífera, a la par que realizaban la pesca y la agricultura. La relación con la minería del oro que acompañó a los esclavizados en la liberación fue muy importante. Si el oro esclavizó, en el Pacífico el oro también liberó, ya que muchos de los esclavizados compraron su libertad con el mineral que extraían en sus días libres, y sirvió como una de las principales actividades productivas de subsistencia tanto antes como después de la manumisión.

Claudia Leal (2008) hace un recuento de cómo las disputas por la tagua y el oro fueron el objeto de una economía extractiva que determinó, en parte, la naturaleza de la propiedad de la tierra en las partes bajas de dicha región. El trabajo en los taguales y en las minas de oro permitió a algunas poblaciones del Pacífico un grado de libertad frente a la avanzada de la titulación de tierras que se llevaba a cabo en otras regiones del país entre 1870 y 1930, a diferencia de lo que sucedía en estos

territorios considerados “baldíos”. Leal (2008, 432) explica que “aunque en términos generales los pobladores locales no tuvieron derechos de propiedad sobre la tierra, ni tampoco sobre los bosques o las minas, sí ejercieron control sobre el territorio por medio de sus diversos sistemas productivos”. La extracción de oro, la recolección de tagua, la cacería, la agricultura y la pesca se conjugaron en una economía propia que abrió el camino hacia una relativa independencia y autonomía fundamentada en prácticas tradicionales de producción y en la tenencia colectiva de la tierra, que devinieron, muchos años después, en la base de los derechos étnico-territoriales de las comunidades negras después de las reformas constitucionales de principios de 1990. Así, los campesinos negros de las tierras bajas pudieron mantener una economía mediada por prácticas productivas como el lavado del oro en días que no trabajaban para las minas y la recolección de semillas de tagua, hecha libremente cerca de la orilla del mar. Esta autonomía estaría asociada al carácter supuestamente recóndito de la región y a la imagen de las tierras bajas como un lugar aislado e infranqueable, rasgos “usados para describir a sus habitantes, naturalizando la pobreza regional y su estatus periférico” (Leal y van Ausdal 2014, 202).

Esta economía propia estuvo marcada, sin embargo, por nuevos ciclos extractivos que articularon una vez más a las poblaciones locales como mano de obra mediante unas lógicas geopolíticas en las que sus territorios se conciben como espacios de enclaves extractivos. Ante el declive de la explotación aurífera en el Chocó a causa de las guerras de independencia y la manumisión de esclavizados, algunos hallaron en la inversión extranjera la posibilidad de redención económica. En la década de 1880 se introducen las primeras dragas en la región y se acentúa la necesidad de importar tecnología. En las primeras décadas del siglo xx, la adquisición nacional y extranjera de títulos mineros se extendió por los ríos chocoanos en una ola de especulación minera. Por ejemplo, entre 1916 y 1930 tiene lugar una intensa explotación de platino en el río Condoto, afluente del San Juan, en manos de la Compañía Chocó Pacífico que dragó el lecho más rico en dicho material en todo el territorio nacional (Leal 2009). Por su parte, en los primeros años del siglo xx y por lo menos hasta 1920, la New Timbiquí Gold Mines explotó la riqueza aurífera del río Timbiquí en el Cauca, erigiendo en esa tierra una nueva avanzada colonial en plena formación de la República. Los franceses

instauraron una pequeña colonia en la que todo sucedía al compás de los intereses de la compañía, incluso prohibieron el mazamorreo con el propósito de impedir cualquier posible autonomía económica de la población local (Taussig 2013, 28).

Posteriormente, a principios del siglo xx se renueva el ciclo extractivo del oro, ahora también acompañado por el interés en el platino, con la entrada de empresas de extranjeras –como la Chocó Pacífico de Estados Unidos– que instalaron un sistema de enclave donde realizaron los primeros intentos de “modernización” de la explotación aurífera y del platino a través de la introducción de maquinaria, como las dragas. Ya en la primera mitad del siglo xx la madera dinamiza la extracción. La apertura de carreteras hasta Quibdó, Buenaventura y Tumaco abrió esta posibilidad, al conectar la región con el interior del país, donde estaba la demanda del material (Pardo 2014). En la década de 1950 y 1960, la demanda de tanino para las curtiembres del país propicia la explotación del mangle rojo (Leal y Restrepo 2003). En la década de 1960, la declaración de la zona como tierras baldías y zonas de colonización, y la concomitante entrega de concesiones de explotación maderera asegura un nuevo auge (Agudelo 2001).

Desde la década de los noventa, la explotación mecanizada del oro ha gestado nuevos escenarios, revelando una ruptura profunda respecto de las formas de explotación aurífera que hasta entonces mostraban una relativa continuidad. Esta ruptura estuvo marcada, sobre todo, por las tecnologías mediante las cuales se lleva a cabo la extracción del mineral. De la mano de estas transformaciones aparecen otras que tienen que ver con la llegada de la guerra a la región: hasta la década de los ochenta del siglo xx, el Pacífico colombiano fue pensado, entre otras cosas gracias a su confinamiento geográfico, como un “remanso de paz” (Agudelo 2001), exento del conflicto que se acentuaba, en otras partes del país. Casi simultáneamente entran en escena las máquinas mineras –dragones, dragas, retroexcavadoras– y la maquinaria armada. Este quiebre, que muestra rupturas en relación con las tecnologías y la organización de la actividad minera, da cuenta, sin embargo, de la continuidad en cuanto a la imagen de la región como un lugar de lógicas extractivas y de despojo, y como un espacio en que gentes y geografías particulares devienen sacrificables. La confluencia, a partir de la década de 1990, de la extracción

aurífera y la avanzada de la guerra recuerda cómo la conquista de estos territorios ha estado impulsada por la búsqueda de materias primas y cómo dichos anhelos extractivistas han sido eminentemente violentos. El quiebre mencionado será objeto de reflexión en el siguiente apartado.

EL QUIEBRE: ENTRE LA REPRIMARIZACIÓN DE LA ECONOMÍA Y LA LLEGADA DE LA GUERRA

Desde finales del siglo xx, especialmente desde los años noventa, la extracción aurífera dejó de ser una actividad económica que en conjunción con otras permitía la reproducción de la vida y era constitutiva de la existencia de las comunidades afrodescendientes del Pacífico colombiano. El vínculo con el mineral dejó de ser, en ese sentido, una parte intrincada de la trama que da forma a las condiciones materiales de existencia y a las relaciones sociales que con estas últimas se tejen. Las conversaciones desplegadas en la minería del oro –esto es, la manera en que humanos y no-humanos hacen parte de y dialogan a través de mundos relacionales de ríos, selvas, pueblos, piedras y tecnologías– se fueron rompiendo en la medida en que la extracción dejó de ser una actividad vital para convertirse en mercancía.

Los mineros ya no hallan en el tesoro dorado la posibilidad de emanciparse respecto de las condiciones que los esclavizaban, como sucedió con quienes compraron su libertad con las pepitas brillantes que conseguían en los días de fiesta; ni será el sustento que fortalecería la economía propia de los cimarrones o de aquellos que alcanzaron la libertad formal luego de 1851, sino que se convierte en una nueva forma de esclavitud y despojo para encontrar la riqueza anhelada. El producto del trabajo, como sucede en las transacciones mediadas por el capital, se separa inevitablemente de quien lo produce, rompiendo así el tejido que los amarra. Por eso planteamos que con la llegada de la minería y su mecanización, el oro pierde su carácter multidimensional, para tornarse un vehículo de despojo, tanto para humanos como para no-humanos.

Es así como la actividad minera en la región ha cambiado de forma acelerada en las últimas décadas. Durante años, los cambios en la actividad fueron menores. Por ejemplo, entre 1970 y 1980, las innovaciones tecnológicas fueron graduales y de pequeña escala: se pasó de una minería de mazamorreo o barequeo a una minería con un nivel de mecanización bajo, representado en motobombas y draguetas. En las décadas de

1980 y 1990 comienzan a llegar nuevas maquinarias, especialmente dragas y retroexcavadoras, que modificarán las formas de hacer minería en la región (Pardo 2013). Este cambio en las formas de hacer minería, tiene que ver con dos asuntos muy importantes que afronta la región del Pacífico: la reprimarización de la economía del país, y el recrudecimiento del conflicto armado.

La expansión de la industria minera, ocurrida desde la década de 1990 en Colombia –y en general en Latinoamérica– como política de Estado, responde a un proceso de largo aliento de reprimarización de la economía nacional. En Colombia, el *boom* minero se ha desarrollado de forma paralela a la expansión de actores armados ilegales, quienes, además de hacer su expansión en búsqueda del control territorial, a inicios de la década del 2000 también comienzan a vincularse al desarrollo de actividades relacionadas con la minería de enclave extractivo ilegal. De acuerdo con el economista Guillermo Rudas (2010), desde 1990 hasta el 2001 fueron entregados en el país 1.889 títulos mineros, mientras que entre el 2002 y el 2009 la cifra se incrementó a 7.869 concesiones, correspondientes a 4.839.149 hectáreas y 20.000 solicitudes en trámite. En mayo de 2009 se encontraban solicitadas casi 40 millones de hectáreas (casi el 35% del territorio nacional), lo que da cuenta de un importante crecimiento del interés por las actividades mineras y extractivas en Colombia (Silva y Valencia 2018).

Otro factor de la mano de la reprimarización de la economía, radica en que a finales del siglo xx y comienzos del xxi, en especial la primera década de este último, se puede observar un quiebre radical con respecto a la explotación del oro. Sin pretender abarcar de forma exhaustiva las razones de estos cambios, identificamos algunas de las fuerzas que lo dinamizan tanto a nivel local como global, para dar al menos un esbozo de la complejidad de factores que se entretajan en esta nueva etapa protagonizada por el oro y las transformaciones que trae la mecanización de la minería, y su relación con la reprimarización de la economía y la guerra. En el último medio siglo, la producción de oro se ha duplicado en el mundo (The Global Initiative Against Transnational Organized Crime-Tgiatoc 2016). También ha crecido en Colombia, aunque el volumen de producción local es muy difícil de calcular, dado que la mayor parte sale del país en forma ilegal, en un contexto en el que la minería como parte del sector minero-energético se ha ido posicionando en Colombia como uno de los más importantes en la economía. Los principales

dinamizadores que se identifican son una creciente demanda externa, el aumento del precio y la llamada “guerra contra las drogas”, que ha tenido consecuencias no necesariamente previstas en los territorios donde esta ha operado, especialmente la diversificación de las actividades ilegales de los grupos armados al margen de la ley. Con respecto a la primera, casi la mitad del oro producido en el mundo se destina a la elaboración de joyas (49%), algo muy jalonado especialmente por las dinámicas de consumo en China e India, donde la ascensión social de sus clases medias encuentra expresión en el oro como símbolo del recién conquistado estatus (Suárez 2012, 138-139).

La segunda fuente de demanda es el oro en forma de barras o lingotes, como forma de inversión o valor “refugio” frente a la inestabilidad del sistema financiero internacional y a la volatilidad de las inversiones, que encuentran en el oro un refugio mientras pasan las crisis económicas (Álvarez y Mitchell 2015). Esto representa el 41% de la demanda global (Suárez 2012). Es por lo menos irónico que, generalmente, las notas de prensa se refieren al oro como un “refugio” –*safe haven*– mientras que el ritmo y la forma de su extracción se vuelve más y más destructiva, dejando tanto a humanos como a no-humanos precisamente sin refugio, sin ningún *lugar dónde escapar del peligro*. Nos recuerda esto la definición de Anna Tsing (2015), retomada por Donna Haraway (2015), en la que la autora define el fin del Holoceno y el cambio de era a lo que se ha denominado Antropoceno, como la época en la que se han acabado los refugios. En este contexto, los únicos refugios disponibles serían los de las inversiones financieras. El 10% restante de la demanda de oro está representada por los usos industriales (Suárez 2012). Estas cifras son importantes, ya que deconstruyen los argumentos que ubican en los avances tecnológicos la mayor demanda de este material. Finalmente, otro aspecto de especial relevancia que aumentó la demanda del oro fue la diversificación de generación y apropiación de rentas ilegales por parte de grupos armados que identificaron la oportunidad de obtener grandes ganancias a través de un producto “legalizable”, frente a otros que permanecen como ilegales a lo largo de toda la cadena, desde la producción hasta la venta, como es el caso de la coca.

Esta posibilidad ganó particular importancia en el Pacífico, donde los cultivos de coca llegaron, al menos en parte, como consecuencia de las acciones del Plan Colombia en departamentos como el Putumayo y

el Caquetá, donde las fumigaciones aéreas con glifosato como estrategia de erradicación forzada (de humanos y de no-humanos), condujeron al desplazamiento de los cultivos. En varios lugares de la zona rural de Guapi, la llegada de la coca es anterior y se conecta con el auge de la minería mecanizada de gran porte; se ubica hacia finales de la década de los noventa y se relaciona con la “guerra contra las drogas” en otras regiones del país. El Plan Colombia produjo que el cultivo se fuera moviendo del Caquetá al Putumayo, de ahí a Nariño, para luego llegar al Cauca. La presencia de los cultivos tuvo como consecuencia las fumigaciones aéreas. Algunos pobladores locales señalan que las fumigaciones en los cultivos de coca generaron una migración a la minería mecanizada, introduciendo el uso de un paquete tecnológico compuesto sobre todo por grandes máquinas y dragas para la remoción de material en gran escala, y mercurio para su separación. Tanto la coca como la minería realizada con “retros” presentan el mismo panorama: enriquecimiento para los intermediarios, dueños de maquinaria y comerciantes (que casi siempre son foráneos), y empobrecimiento para las comunidades locales. Según miembros de consejos comunitarios a quienes pudimos entrevistar en nuestro trabajo de campo, la minería es más rentable porque la coca requiere gastos de producción y transporte. Además, la gente piensa que la coca es más dañina que el oro: “la coca es un problema social”, afirman en Guapi.

Muchas fueron las consecuencias del auge cocalero y minero: abandono de formas productivas locales, fumigación aérea de cultivos ilícitos (que acaba con otros cultivos y afecta la salud de la gente), disputas territoriales, violencia armada, entre otras. A partir de la década del 2000 aparecen en el territorio grupos paramilitares cuya embestida se sintió fuertemente en Guapi. Hombres jóvenes asesinados todos los días, mujeres violadas, líderes amenazados, motores robados, comunidades rurales desplazadas, cuerpos bajando por el río y toques de queda fueron producto de aquellos años que algunos recuerdan como terribles.

También el conflicto armado es un elemento transversal en las dinámicas territoriales en la región y el desplazamiento forzado ha cambiado drásticamente la configuración del territorio. En 2009 Guapi experimentó una oleada de desplazamientos sin precedentes: gente de Nariño (que había empezado a llegar desde 2001) y de la zona rural del municipio llenó la cabecera municipal. Hoy en día la población se concentra en la zona urbana; situación paradójica en un municipio que era eminentemente

rural. Hay un recuerdo y una vivencia muy fresca en relación con el conflicto armado, particularmente la avanzada paramilitar que arremetió contra el pueblo hace unos años. La situación, ante la complicidad de las fuerzas armadas estatales con estos grupos, debió ser afrontada por la misma población, que generó unas dinámicas de autodefensa. Por otra parte, los grupos armados han estado ligados a la minería mecanizada en la región. Hace unos años las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) mandaban en la actividad hasta hace poco, y ahora ese control se ha difuminado y atomizado entre otros grupos. Es difícil que las comunidades se opongan, “porque ante un grupo de hombres armados con fusiles, ¿quién puede resistir?”, reclaman los representantes de Pastoral Social. Los grupos armados están vinculados directamente a la realización de minería mecanizada, ya que muchas veces son ellos quienes traen la maquinaria al territorio o establecen dinámicas de extorsión y amenazas a través del cobro de vacunas (forma coloquial como en Colombia se denominan los cobros coercitivos que realizan los grupos armados al margen de la ley).

En el caso del Chocó, la minería de enclave extractivo ilegal ha fortalecido la presencia de distintos grupos armados en los territorios, que encuentran nuevas formas de lucro y financiamiento, profundizando las dinámicas del conflicto armado en un escenario caracterizado por la incapacidad estatal de hacer frente al fenómeno y unas lógicas de corrupción que permiten –a la vez que surgen de– la actividad altamente rentable que implica este tipo de explotación minera. En el año en que las actividades mineras ilegales aumentaron, Quibdó presentó en 2012 un importante aumento de los homicidios, doblando el promedio nacional; en 2013 lo triplicó. Esto está “directamente relacionado con el auge del oro” y con otros factores secundarios como el narcotráfico (Guío y Escobedo 2015, 2). Las disputas en torno a la renta minera se han dado en un contexto de debilitamiento de actores armados como el Clan del Golfo y el avance de Los Urabeños-Renacer. Las bandas criminales operan, sobre todo, en la zona urbana, siendo Quibdó un centro de compra y venta de oro. Además, es el centro de financiación de las actividades de minería. Allí operan los inversionistas, muchos ligados a bandas criminales, que realizan los préstamos necesarios para la compra de maquinarias. Varios actores tienen presencia en la cabecera urbana: desmovilizados, reinsertados, enlaces de guerrillas, paramilitares y bandas criminales. Así, es un escenario de redes

criminales, en particular alrededor del oro. Esta dinámica ha tenido como consecuencia un proceso de desplazamiento masivo del campo hacia la ciudad: Quibdó pasó de albergar el 60% de la población del municipio a albergar el 93% en menos de 15 años (Guío y Escobedo 2015).

Es claro que la relación entre extractivismo y conflicto armado en la región del Pacífico nos invita a visibilizar los primeros trabajos de investigación sobre esta relación realizados por Paul Collier y Anke Hoeffler (1998) a finales de la década de 1990. Los autores afirmaban que la razón principal por la cual se originan guerras civiles de larga duración en escenarios donde había presencia de recursos naturales altamente valiosos era las ganancias que estos dejaban. Si bien sus planteamientos sirvieron para abrirle camino a uno de los temas que había sido pasado por alto en las investigaciones en ciencias sociales, estos no estuvieron exentos de críticas. De hecho, algunas de las más fuertes dieron como resultado nuevas interpretaciones que llaman la atención sobre la necesidad de pensar la relación entre extractivismo y conflicto más allá de la codicia o la consecución de bienes económicos, teniendo en cuenta otras variables como el control territorial (Silva y Valencia 2018).

Para Macartan Humphreys (2005), por ejemplo, existen por lo menos seis mecanismos que pueden explicar la relación entre los recursos naturales y el comienzo de una guerra de larga duración. Dentro de estos mecanismos se encuentran la debilidad estatal, la viabilidad (los recursos naturales podrían financiar guerras iniciadas por otros motivos), las redes (grado en que los recursos naturales afectan la cotidianidad de las personas y cómo esto define su posición ante los conflictos), el reclamo (la dependencia de los recursos naturales, de hecho, podría estar asociada con quejas en lugar de la codicia), y la codicia de alguien de fuera (no necesariamente son codiciosos los rebeldes, hay terceros –como otros Estados, corporaciones, organizaciones– interesados en acceder a los recursos naturales). Podríamos encontrar estos aspectos en la relación entre oro y guerra para el caso del Pacífico (Silva y Valencia 2018).

La transformación del oro en las relaciones humanas y no humanas

La conformación del territorio en las comunidades del Pacífico está íntimamente ligada al agua y, en particular, a los ríos. Los ríos son los ejes de la vida. De ellos sale el alimento en forma de pesca; de ellos sale

el agua que se consume cotidianamente; en los ríos se encuentran las mujeres en sus tareas, los hombres en sus quehaceres, los niños y niñas en su esparcimiento y son fuente de comunicación y movilidad. Todo se mueve por los ríos, son “la calle principal de esta selva” (Friedemann 1974, 10; Quiceno 2016), son movilidad y vida, como muchos pobladores nos lo expresaron tanto en Guapi como Quibdó.

En los ríos se vive la vida y se construye el territorio. Sus afectaciones, por lo tanto, tienen un efecto desestructurador de la vida social; son hilos del tejido social que se rompen cuando ya no se puede consumir el agua porque enferma, porque baja “el agua sucia” producto de la minería, cuando ya no es posible bañarse en el río, ni siquiera transitar como se hacía tradicionalmente por él, dados los profundos cambios en los cauces, la sedimentación y la aparición de lomas de material removido, o por el control que hacen los actores armados. Existen cambios dramáticos e insospechados en esta región en que no se concibe la vida y el territorio sin el río. Este es el escenario de las fiestas, los intercambios culturales, el esparcimiento, los intercambios económicos y el transporte de las comunidades ribereñas.

Para entender estas relaciones establecidas entre el río y la vida, Ulrich Oslender (2008), a través de un juicioso acercamiento etnográfico a las tierras del Pacífico caucano, propone algunos conceptos que resultan claves para problematizar las interacciones de las comunidades con el ambiente en que transcurre su vida. Las nociones de “espacio acuático”, y “epistemologías acuáticas” remiten a la ligazón profunda que existe entre los seres humanos y el espacio eminentemente acuático que los rodea y que los constituye. El agua aparece a todo lo largo de la vida de estas comunidades pacíficas: la organización social, la estructura familiar, los usos productivos del espacio, la configuración del territorio, la forma de la tierra y la manera de ver, pensar y sentir el mundo están amarrados a los ríos, los manglares, los esteros y el mar. La cultura, el territorio, la dinámica económica y la lucha política se superponen en un tejido que se parece mucho al del paisaje: las arterias acuáticas que conectan el espacio suscitan también la forma de una red sinuosa. Oslender atiende a cómo la

vida en el Pacífico colombiano va discurriendo a lo largo de los ríos, las vías de comunicación de los trópicos, a los cuales está ligada la gente negra, no sólo físicamente por sus patrones de asentamiento

y comunicación, sino también emocionalmente, ya que crean un sentido de pertenencia y un particular sentido de lugar acuático. (2008, 142)

Por su parte, Natalia Quiceno (2016) se embarca en la comprensión de la vida pacífica, en relación con los ríos que surcan el medio Atrato chocono. La creación y recreación constante de la vida depende del movimiento, de la posibilidad de transitar el territorio a través de las sendas acuáticas que lo componen: “las territorialidades asociadas con el río estructuran su forma de vida. El río es el camino, el viaje, el espacio público, uno de los espacios de subsistencia. El río es vida e historia” (Quiceno 2016, 82). La irrupción de la guerra y de la minería aparece justamente como la suspensión de ese fluir asociado a la vida.

En ese sentido, por ejemplo, las lógicas asociadas a la minería mecanizada rompen las formas tradicionales de trabajo. En las conversaciones entabladas durante el trabajo de campo aparecía la certeza de que la minería mecanizada de gran porte se lleva todo el oro disponible. A diferencia del barequeo, que consiste en remover pequeñas cantidades de material del río en bateas que a través de movimientos centrífugos van separando el oro del resto, la minería mecanizada de gran porte jalona todo el material del río (arena, oro, piedras, agua), rompiendo el cauce y llevándose incluso la capa vegetal. Otras veces quienes controlan las máquinas prohíben el barequeo, o lo regulan estrictamente, permitiendo solo en ciertos momentos la entrada de barequeros y barequeras a las zonas removidas por las máquinas, e incluso llegando a cobrar vacunas para dejar a las personas barequear. Algunos líderes entrevistados tanto en Guapi como en Quibdó enfatizan el hecho de que el precio del jornal se elevó muy por encima del estipulado en el salario mínimo. Esto tiene como una de sus consecuencias principales la escasez de mano de obra para actividades como la agricultura, lo que contribuye a poner en riesgo el aprovisionamiento de alimentos de las comunidades. Mientras la minería puede pagar esos jornales, el resto de actividades no puede competir con esos costos. Además, las formas tradicionales de regular la práctica minera, de carácter comunitario o asociativo, antes hecha a través de las redes familiares o a través de la presencia de consejos comunitarios, es rota, y en muchas ocasiones se terceriza. Es decir, los dueños de las retroexcavadoras (muchas veces foráneos) emplean

otros trabajadores que vienen desde otras veredas o municipios del Chocó que buscan oro, ejerciendo presión sobre el recurso y generando competencia, por ejemplo en el pago de jornales; es una situación muy parecida a lo que ha sucedido en otros lugares como el Norte del Cauca (Silva y Valencia 2018).

En el caso del río Quito, en Chocó, las retroexcavadoras se introdujeron para acceder al oro y el platino en excavaciones de terreno a cielo abierto. Los entables mineros o sitios donde operan estas máquinas se caracterizan por ser espacios donde se ha arrasado con toda la vegetación, que muchas veces queda sepultada bajo los materiales que se remueven para hacer profundos hoyos, que después se llenan de agua; los brazos mecánicos remueven el terreno para desprender grandes cantidades del suelo y del agua que tienen mezclados los metales preciosos (Unidad de Restitución de Tierras 2014, 164). Así, luego de levantada la capa vegetal, y realizada la excavación, el material es diluido con agua a presión con la ayuda de motobombas y procesado, generalmente con la utilización de canalones, donde el material se termina de separar para luego ser amalgamado con mercurio (Tierra Digna y Melo 2016).

Las dragas por su parte operan en los cauces de los ríos y permiten remover grandes cantidades de material de los lechos, ricos en metales preciosos. Estas cuentan con succionadores que van recogiendo el material del lecho, que luego se pasa también por canalones y se lava con agua y mercurio. En las visitas de campo que realizamos durante la investigación en 2017, observamos el desvío del cauce del río Quito por el accionar de la maquinaria utilizada. En medio del río aparecen entables, en los que materiales como el plástico que se utiliza para construirlos, el metal de las retroexcavadoras, y el “agua sucia” producto del material lavado irrumpen en medio del paisaje acuático verde, que antes era tan propio de la región. Ello evidencia los consiguientes cambios morfológicos en los paisajes, sedimentación, contaminación de las aguas con elementos altamente tóxicos y peligrosos como mercurio y cianuro, así como excavaciones y erosión en los lechos de los ríos que impiden navegar su cauce, entre otras afectaciones.

Este despojo y destrucción tienen relación con los relatos que Michael Taussig reconstruye en 2004 en las cabeceras del río Timbiquí en Cauca, en donde la minería del oro está teñida de un carácter transgresor, revelado mediante su relación con el demonio, y su naturaleza maldita

y alucinante. La gente enloquece con el oro. El destino trágico de los mineros que se enriquecen repentinamente termina abrazándolos a la misma miseria en que estaban antes de hallar la piedra afortunada. Parecería que el tabú se diluye y el miedo a sacar más oro del que debería sacarse es sustituido por una ambición desmedida que será necesariamente castigada. En ausencia del pacto ritual los mineros pactan con el diablo.

A propósito de su transgresión, recuerda Taussig (2013, 95) que en la extracción aurífera la naturaleza admite ser imitada por las manos y tecnologías humanas que pretenden dominarla, “pero sólo hasta cierto punto porque la naturaleza regresará y exigirá venganza”. Parece entonces que esos límites se han difuminado y la transgresión consumado. Las recientes tecnologías abusan de su capacidad extractiva y convierten los ríos en cauces deshechos y en depósitos de agua estancada y –muchas veces– envenenada con mercurio, eso que llamamos agua sucia. Los impactos de este tipo de minería en el territorio, tanto en sus dimensiones biofísicas como sociales, son enormes, cuantitativa y cualitativamente diferentes a las formas en que la minería que se venía realizando por siglos con apenas algunos cambios.

Otro de los impactos identificados por la entrada de la maquinaria pesada, en particular de las retroexcavadoras, es la disminución en la producción agropecuaria. La menor disponibilidad de los recursos hídricos y la contaminación de los ríos también son señaladas como impactos importantes. La disminución de peces en los ríos afecta directamente la seguridad alimentaria. Por otra parte, la dependencia frente a la minería, como una actividad casi exclusiva, ha menoscabado los cultivos de pancoger que caracterizaban los ciclos productivos de antaño. Antes, el ciclo de producción era diverso y satisfacía las necesidades locales; hoy “todo tiene que comprarse”. Se trae la comida de otras partes: el pescado de la parte baja, de la pesca de mar, y el plátano llega de Nariño. Representantes de consejos comunitarios y organizaciones de base hacen énfasis en que la gente deja de producir porque se compra lo que antes se producía (Entrevistas 1, 2, 3, 4 y 5).

No solo la agricultura se ve afectada negativamente. Otras actividades, como la explotación de madera por parte de las comunidades –que para ser sustentable requiere de arreglos institucionales comunitarios en términos de su acceso y explotación– también da cuenta de la pérdida

de los conocimientos necesarios para ello. “El hombre se olvidó de cortar madera, por hacer dedicarse solo a la minería”, dicen los líderes entrevistados. Ahora están más pendientes de emplearse o vincularse de alguna manera a la actividad minera, claramente más rentable en términos económicos de corto plazo, perdiendo las nociones de rotación de los suelos, o de los saberes sobre cuándo cortar o dejar crecer.

La agricultura sobrevive en cada vez menos cantidad de cultivos de pancoger. Según nos explicaba un líder comunitario en Guapi, la actividad minera solía complementar el resto de actividades que aseguraban el sustento de las comunidades. Así, de los días de la semana, unos se dedicaban a la pesca, otros a los cultivos y otros a “minear” para complementar su economía. Esto ha ido cambiando, y en la actualidad las personas se emplean casi a tiempo completo en la minería, sobre todo la que hemos descrito como minería mecanizada de gran porte, de donde obtienen los ingresos para comprar los alimentos y demás objetos que requieren.

Actualmente, en muchos pueblos mineros del Pacífico no se desarrollan actividades diferentes a la minería, y eso los condena ineluctablemente a desaparecer junto con el oro cuando este se vuelve escaso o inaccesible. Esto significa que, además de perderse otras actividades como la agricultura o la pesca, la minería crea una dependencia económica muy frágil. Así, cuando el oro “se aleja”, cuando la posibilidad de encontrar suficiente material explotable en los ríos y cercanías se hace más difícil, se generan problemas tales como el acceso a los alimentos. En épocas de bonanza, estos se adquieren con el dinero ganado, pero en épocas de declive, cuando el flujo de dinero se detiene, las posibilidades de acceso se ven drásticamente reducidas. Ni se puede comprar, ni se produce ya en la zona porque se han roto los circuitos económicos locales que posibilitaban su producción y regulaban su acceso (Entrevistas 6, 7 y 8).

El hecho de que el oro y el mercurio vengan siempre de la mano es otro de los factores que ha irrumpido en la vida de los ríos y sus habitantes. El mercurio es utilizado en la minería del oro para separar este metal de la roca. Por su afinidad con este, el mercurio se une a él conformando una mezcla conocida como amalgama. Una vez obtenida, es quemada para que el mercurio se volatilice y quede solamente el oro. Es utilizado en la minería mecanizada de diferentes formas, pero en general con un

mismo impacto: la liberación al ambiente de este metal pesado sumamente tóxico. Esta ocurre usualmente de dos maneras: el vertimiento directo a las fuentes de agua donde se está haciendo la explotación, o la volatilización por la quema, que se realiza directamente en los lugares donde se explota o en otros, donde se hace la fundición. Durante el trabajo de campo, muchos de nuestros entrevistados y entrevistadas nos hablaron del aire pesado que se siente en la cabecera urbana de Quibdó, donde se ubican muchos de los lugares de quema de mercurio para obtener oro. También muchas mujeres, sobre todo en la vereda de Paimadó, sobre el río Quito, manifestaron tener irritaciones en la piel, de ellas, de sus hijos, asociadas al agua inevitablemente contaminada con la que se estaban bañando.

En lo que refiere al uso del mercurio en el agua, este es un contaminante persistente en el ambiente, donde se transforma en metilmercurio, que es muy tóxico y además bioacumulable. Dado que se trata de una sustancia que persiste en el ambiente, al entrar en las corrientes de agua y volverse metilmercurio, se mueve aguas abajo, introduciéndose en la cadena trófica (Rojas y Montes 2016), afectando a la fauna, la flora y a las personas que usan los ríos tanto para obtener sus alimentos como para el resto de actividades vinculadas con él. Para el caso del Pacífico, se trata de la mayoría de las actividades cotidianas, ya que los ríos son los ejes alrededor de los cuales se ha organizado históricamente la vida en estos territorios.

Colombia es el país que presenta mayor contaminación por mercurio en toda América. Se calcula que se liberan alrededor de 150 toneladas al año en el país, en las actividades relacionadas con la explotación de oro (Ministerio Nacional de Salud 2016). Sin embargo, esta irrupción se mantuvo por mucho tiempo latente y silenciosa, ignorada tanto por quienes la padecen como por muchos de quienes la perpetran. La familiaridad con el “azogue” es de larga data. Pero la identidad de este con el mercurio muchas veces es desconocida, incluso para líderes locales, quienes ante su mención se sorprendieron y comenzaron a recordar prácticas en las que este material ha sido protagonista. Y no solo en la minería del oro, pues también detallaron su uso para la apertura de canales que recortan distancias entre los meandros de los ríos.

El desarraigo es otra consecuencia identificada. La imposibilidad de sostenerse en el territorio está generando procesos de desplazamiento, ya

que las personas deben dirigirse a otras zonas para garantizar los recursos necesarios para la vida. Incluso se habla de comunidades enteras que han desaparecido, que ya no existen. Por otro lado, la ruptura de las relaciones de confianza y solidaridad dentro de las mismas comunidades es otro aspecto que se relaciona con la introducción de la minería mecanizada de gran porte. Por ejemplo, las rupturas generadas entre quienes han estado a favor y quienes han estado en contra de la forma en que este tipo de minería ha ingresado y se ha instalado en el territorio ha causado fuertes fracturas en el tejido social, incluso llegando a romper procesos organizativos como también ha sucedido en otros territorios.

En los últimos años la situación ha adquirido tintes destructivos: el trabajo minero con maquinaria pesada y sin ningún tipo de regulación se ha extendido a lo largo de los ríos y las consecuencias son catastróficas. La comida escasea porque la gente se ha dedicado por completo a la minería y porque el entorno se ha deteriorado profundamente. Los caudales de dinero que trae consigo la actividad atrae la atención de muchos y difícilmente los habitantes pueden librarse de la tentación del sueño dorado, sobre todo cuando sus condiciones de vida han rayado siempre con la miseria y el abandono por parte de las instituciones del Estado.

REFLEXIONES FINALES

A través de la presente reflexión hemos querido mostrar cómo la extracción de oro ha constituido uno de los ejes fundamentales en la historia de las tierras bajas del Pacífico colombiano. La conquista y ocupación de dicho territorio, además de la manera en que ha sido imaginado y deseado, se imbrican profundamente con la presencia del preciado mineral. Los ímpetus de conquista, la posterior colonización, la emancipación de las poblaciones afrodescendientes y la más reciente actualización del contexto marcado por el recrudescimiento de la guerra, muestran cómo en la búsqueda y explotación aurífera confluyen trayectorias de despojo y esclavitud en un escenario en que se enredan humanos y no-humanos. Tanto las poblaciones afrodescendientes esclavizadas antes de la manumisión como los pueblos desolados de las últimas décadas, junto a ríos, pianguas, peces, aves, selvas y manglares, han sufrido las consecuencias del despliegue sin precedentes de la fiebre del oro. A pesar de que en algunos momentos la actividad minera también iluminó sueños de redención y de libertad, su potencial carácter emancipador

se ha difuminado casi completamente en el paisaje de destrucción y de abandono que deja el auge minero.

Mediante la aproximación a la historia aurífera de la región y del quiebre experimentado en los años de 1990 se revelan brutales contradicciones: la relativa ausencia de conflicto armado hasta antes de esa época y la abundancia que caracterizó hasta hace poco aquellos parajes eminentemente acuáticos se ha vuelto paradójica escasez en uno de los lugares más biodiversos de la tierra. La presencia selectiva (Rasmussen y Valencia 2018) tanto de la institucionalidad del Estado –cuya presencia es casi exclusivamente militar–, como de las mismas poblaciones locales –que se mueven conforme el auge minero lo permite, floreciendo y desapareciendo al son de las máquinas y la riqueza efímera que dejan–, ha vaciado el escenario. Parece, pues, que el oro ha perdido su dimensión emancipadora y su extracción se ha convertido en vía de destrucción humana y no humana. En el tránsito de unos auges productivos a otros, en el que el declive de fiebres extractivas pasadas deviene la aparición de otras nuevas, la obsesión por el oro revela un eterno retorno. La continuidad del despojo, además, se abraza en la región del Pacífico colombiano con la persistencia de la guerra en las últimas décadas y rememora el carácter violento que puede rastrearse desde los primeros intentos de apropiación foránea de esos territorios.

En Guapi los peces y las pianguas han sufrido las consecuencias del mercurio usado en la actividad minera y muchas especies “se han ido” o han desaparecido. En algunos de los ríos del municipio se han hecho muestreos de mercurio y se han encontrado concentraciones por encima de las aceptables en estos animales. El río se está quedando sin peces, y los pocos que quedan están contaminados. Los moluscos que habitan las bocanas de los ríos presentan altos niveles del pesado metal, impidiendo que puedan ser usados en la economía y el consumo locales. Las posibilidades de subsistencia se han reducido al punto de romper de manera radical con las formas en que la vida se ha entendido tradicionalmente. En Timbiquí, el gabán, pelícano pequeño de los ríos que ha sido siempre la “guía” y “ruta” del pescador, es ahora cazado indiscriminadamente porque no hay nada más que comer. En conversaciones entabladas con algunos líderes comunitarios de Guapi se manifiesta el asombro que produce el hecho de que en Timbiquí estén cazando el gabán. Las dificultades para acceder a los alimentos tradicionales, la disminución

drástica de peces en los ríos y el abandono de la agricultura explican por qué personas que normalmente consideran el pelícano como un indicador de pesca, y que nunca habían acostumbrado a comerlo, deban recurrir a ellos para alimentarse. “Los hijos de pescadores nunca nos comemos los pelícanos, no se nos ocurre semejante cosa”, enfatizaba un líder en Guapi.

Revisando entonces el lugar y agencia del oro en la región del Pacífico, queremos resaltar dos asuntos: el primero, la manera en que la región Pacífico puede leerse a través de lo que David Harvey (2000, 95-100; la traducción es nuestra) denomina “desarrollo geográfico desigual”, y que es el “resultante de la interacción entre los procesos globales y los regionales y locales [y] la inserción de estos en la escala mundial”. De esta manera, a la región Pacífico, más que haber sido librada a su suerte por un Estado ausente, se le ha asignado históricamente una determinada “vocación” o una forma de hacer parte de las dinámicas socioecológicas nacionales y globales marcadas por el extractivismo, donde el oro hoy pierde su carácter multidimensional ligado a la emancipación y autonomía, y reafirma su agencia despojadora y destructiva. Hacemos énfasis en lo socioecológico para referirnos a la relación dialéctica, no determinista, de lo geográfico-biofísico y lo sociohistórico, que permite acercarse a una aprehensión más acabada de los procesos de construcción regionales. La localización en el litoral Pacífico, su ecosistema de selva tropical húmeda, su conexión a través de los ríos, sus dinámicas de poblamiento por indígenas, afros y mestizos, por mencionar algunos, son elementos que deben ser tenidos en cuenta en el análisis. Por ello, un asunto como la destrucción de los ríos, en una región donde estos son fundamentales, plantea preguntas frente a la pervivencia de las poblaciones y ecosistemas de la región.

Un segundo asunto es ilustrar la escala de destrucción a la que ha ascendido la extracción minera mecanizada de gran porte. La abundancia se ha hecho escasez y el tejido que amarra los acontecimientos humanos y más que humanos, descrito en la relación que tenían pescadores, peces, aves, selvas y ríos, se ha debilitado, al punto de hacer difícil el sostenimiento de la vida. En medio de esta desolación emergen, sin embargo, algunas posibilidades. Iniciativas de organizaciones de base locales y nuevas oportunidades políticas matizan el escenario. La proclamación del río Atrato como sujeto de derechos establecido

por la Sentencia T-622 de 2016 es una muestra de ello. También los caminos de reforma agraria integral planteados en el Acuerdo de Paz constituyen posibles aperturas frente al cierre persistentemente violento –operado por la minería del oro y por la guerra– de los ríos que surcan el Pacífico colombiano.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agudelo, Carlos. 2001. “El Pacífico colombiano: de ‘remanso de paz’ a escenario estratégico del conflicto armado. Las transformaciones de la región y algunas respuestas de sus poblaciones frente a la violencia”. *Cuadernos De Desarrollo Rural* 46:7-37. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/desarrolloRural/article/view/2312>
- Almario, Oscar. 2018. “La gobernación de Popayán y la diferenciación en las fronteras mineras del Pacífico. Las relaciones de mando de los gobernantes coloniales en la Nueva Granada, 1729-1818”. *Historiela. Revista de Historia Regional y Local* 10, 20: 54-99. DOI: <https://doi.org/10.15446/historiela.v10n20.65991>
- Álvarez, Nora y Aide Mitchell. 2015. “Global Demand for Gold is Another Threat for Tropical Forests”. *Environmental Research Letters* 10: 1-10. DOI: <http://dx.doi.org/10.1088/1748-9326/10/2/029501>
- Aprile-Gnisset, Jacques. 1993. *Poblamiento, hábitats y pueblos del Pacífico*. Cali: Ediciones Universidad del Valle.
- Callon, Michel. 1986. “Some Elements of a Sociology of Translation: Domestication of the Scallop and the Fishermen of St. Briec Bay”. En *Power, Action and Belief: A New Sociology of Knowledge?*, editado por John Law, 196-233. London: R. K. P.
- Collier, Paul y Anke Hoeffler. 1998. “On the Economic Causes of Civil War”. *Oxford Economic Papers* 50: 563-573. DOI: <https://doi.org/10.1093/oeq/50.4.563>
- Contraloría General de la República. 2013. *La Explotación Ilícita de Recursos Minerales en Colombia*. Bogotá: Contraloría General de la República.
- Corte Constitucional. 2016. *Sentencia T-622 de 2016 que reconoce al río Atrato como sujeto de derechos*. Bogotá: Corte Constitucional.
- Descola, Philippe. 2001. “Construyendo naturalezas: ecología simbólica y práctica social”. En *Naturaleza y Sociedad. Perspectivas Antropológicas*, editado por Philippe Descola y Gísli Pálsson, 101-123. México D. F.: Siglo Veintiuno Editores.

- Drazin, Adam y Susanne Küchler, eds. 2015. *The Social Life of Materials. Studies in Materials and Society*. Londres – Nueva York: Bloomsbury Academics.
- Friedemann, Nina S. de. 1974. *Minería, descendencia y orfebrería artesanal, Litoral Pacífico (Colombia)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas.
- Garay, Luis. 2013. “Globalización/glocalización, soberanía y gobernanza. A propósito del cambio climático y el extractivismo minero”. En *Minería en Colombia. Fundamentos para superar el modelo extractivista*, volumen I, dirigido por Luis Garay, 9-21. Bogotá: Contraloría General de la República.
- Gudynas, Eduardo. 2011. “Imágenes, ideas y conceptos sobre la naturaleza en América Latina”. En *Cultura y Naturaleza*, editado por Leonardo Montenegro Martínez, 267-292. Bogotá: Jardín Botánico de Bogotá, José Celestino Mutis.
- Guío, Nadia y Rodolfo Escobedo. 2015. *Oro, crimen organizado y guerrillas en Quibdó*. Bogotá: Fundación de Ideas para la Paz-FIP.
- Haraway, Donna. 2015. “Anthropocene, Capitalocene, Plantationocene, Chthulucene: Making Kin”. *Environmental Humanities* 6: 159-165. DOI: <https://doi.org/10.1215/22011919-3615934>
- Harvey, David. 2000. *Spaces of Hope*. Berkley, Los Angeles: University of California Press.
- Herrera, Marta. 2016. *El conquistador conquistado. Awás, Cuayquer y Sindaguas en el Pacífico colombiano, siglos XVI-XVIII*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Humphreys, Macartan. 2005. “Natural Resources, Conflict, and Conflict Resolution Uncovering the Mechanisms”. *Journal of Conflict Resolution* 49, 4: 508-537. DOI: <https://doi.org/10.1177%2F0022002705277545>
- Latour, Bruno. 2008. *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor red*. Buenos Aires: Manantial.
- Leal, Claudia. 2008. “Disputas por tagua y minas: recursos naturales y propiedad territorial en el Pacífico colombiano, 1870- 1930”. *Revista Colombiana de Antropología* 44, 2: 409-438. DOI: <https://doi.org/10.22380/2539472X.1063>
- Leal, Claudia. 2009. “La compañía minera Chocó Pacífico y el auge del platino en Colombia, 1897-1930”. *Historia Crítica* 39, 1: 150-164. DOI: <https://doi.org/10.7440/histcrit39E.2009.08>
- Leal, Claudia y Eduardo Restrepo. 2003. *Unos bosques sembrados de aserríos. Historia de la extracción maderera en el Pacífico colombiano*. Medellín:

- Colciencias – ICANH, Colección Clío, Convenio Universidad de Antioquia – Universidad Nacional de Colombia.
- Leal, Claudia y Shawn van Ausdal. 2014. “Paisajes de libertad y desigualdad: historias ambientales de las costas Pacífica y Caribe de Colombia”. En *Desigualdades socioambientales en América Latina*, editado por Barbara Göbel, Manuel Góngora-Mera y Astrid Ulloa, 169-209. Bogotá-Berlín: Universidad Nacional de Colombia – Ibero-Amerikanisches Institut.
- Massé, Frederic y Johana Camargo. 2012. *Actores armados ilegales y sector extractivo en Colombia*. Bogotá: CITPAx Colombia-Q1 Observatorio Internacional.
- Ministerio Nacional de Salud. 2016. *Informe quincenal epidemiológico nacional*. Volumen 21 número 19. Bogotá: Ministerio Nacional de Salud.
- Oficina de las Naciones Unidas Contra la Droga y el Delito-ONUDC. 2016. *Colombia. Explotación de oro de aluvión. Evidencias a partir de la recepción remota*. https://www.unodc.org/documents/colombia/2016/junio/Explotacion_de_Oro_de_Aluvion.pdf
- Oslender, Ulrich. 2008. *Comunidades negras y espacio en el Pacífico colombiano. Hacia un giro geográfico en el estudio de los movimientos sociales*. Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca – Instituto Colombiano de Antropología-ICANH – Universidad del Cauca.
- Pardo, Luis Álvaro. 2013. “Propuestas para recuperar la gobernanza del sector minero colombiano”. En *Minería en Colombia. Fundamentos para superar el modelo extractivista*, dirigido por Jorge Garay, 177-211. Bogotá: Contraloría General de la República.
- Pardo, Luis Álvaro. 2014. “Minería en el departamento del Chocó. Análisis, riesgos, oportunidades y una propuesta de legalización autónoma y diferenciada”. Foro Nacional por Colombia, Bogotá, octubre 30.
- Procuraduría General de la República. 2011. “Minería Ilegal en Colombia. Informe Preventivo”. Bogotá. <https://www.procuraduria.gov.co/portal/media/file/MINERIA%20ILEGAL%20EN%20COLOMBIA%20%20DOCUMENTO.pdf>
- Quiceno, Natalia. 2016. *Vivir sabroso. Luchas y movimientos afrotrasteños, en Boyacá, Chocó, Colombia*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.
- Rasmussen, Sabina e Inge Helena Valencia. 2018. *Gobernanza en el Pacífico sur: entre las rentas ilegales, el recrudescimiento de la violencia y la implementación escasa de los programas de desarrollo con enfoque territorial*. Bogotá: Fescol.

- Restrepo, Eduardo. 1996. "Economía y simbolismo en el 'Pacífico negro'". Tesis de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Rojas, Claudia y Carolina Montes. 2016. "El uso del mercurio en la minería artesanal del oro en Colombia". En *Minería y desarrollo*, editado por Universidad Externado, 37-69. Bogotá: Universidad Externado.
- Rudas, Guillermo. (2010). "Dinámica de la minería en Colombia y retos de la política ambiental. Algunas tendencias recientes". En *Congreso de Ciencias y Tecnologías Ambientales. Sesión II. Gobernanza y gobernabilidad ambiental en Colombia*. Bogotá, Universidad de los Andes, Facultad de Administración, 27 de agosto.
- Rueda, José. 1993. "Población y poblamiento". En *Colombia Pacífico*, tomo II, editado por Pablo Leyva, 464-486. Bogotá: Fondo para la Protección del Medio Ambiente José Celestino Mutis.
- Serje, Margarita. 2005. *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Ediciones Universidad de los Andes.
- Silva, Laura e Inge Helena Valencia. 2018. "Entre subsistencias y extractivismos locales". *Revista Estudios Políticos* 52: 172-193. DOI: <http://doi.org/10.17533/udea.espo.n52a09>
- Suárez, Aurelio. 2012. "El oro como *commodity* (producto básico), especulación financiera y minería a cielo abierto". En *Minería, territorio y conflicto en Colombia*, editado por Catalina Toro, Julio Fierro, Sergio Coronado y Tatiana Roa, 137-150. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Svampa, Maristella. 2008. *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Taussig, Michael. 2004. *My Cocaine Museum*. Chicago: University of Chicago Press.
- Taussig, Michael. 2013. *Mi museo de la cocaína*. Bogotá: Universidad del Cauca.
- The Global Initiative Against Transnational Organized Crime- TGIATOC. 2016. *Organized Crime and Illegally Mined Gold in Latin America*. Génova: TGIATOC.
- Tierra Digna. 2016. "La minería en el Chocó, en clave de derechos". *Tierra Digna*, abril 6. <http://tierradigna.org/mineria-metales/2016/04/06/la-mineria-en-choco-en-clave-de-derechos/>
- Tierra Digna. s. f. "Tecnología implementada en la extracción minera semi-mecanizada y mecanizada en Chocó". *Tierra Digna*. <http://lamineriaenchoco.tierradigna.org/pdf/TABLA%20MINERIA%20TRADICIONAL.docx>

- Tierra Digna y Diego Melo. 2016. *La minería en Chocó en clave de derechos*. Bogotá: Tierra Digna.
- Tsing, Anna. 2015. *The Mushroom at the End of the World. On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*. Princeton – Oxford: Princeton University Press.
- Unidad de Restitución de Tierras. 2014. *Caracterización de afectaciones territoriales Consejo Comunitario Mayor de la Organización Campesina del Alto Atrato-Cocomopoca. Etnia Afrodescendiente*. Informe de caracterización.
- Ulloa, Astrid. 2001. “Transformaciones en las investigaciones antropológicas sobre naturaleza, ecología y medio ambiente”. *Revista Colombiana de Antropología* 37: 188-232. https://www.icanh.gov.co/nuestra_entidad/grupos_investigacion/antropologia_social/publicaciones_seriadadas_antropologia/5902
- Villegas, Álvaro. 2006. “Los desiertos verdes de Colombia. Nación, salvajismo, civilización y territorios-Otros en novelas, relatos e informes sobre la cauchería en la frontera colombo-peruana”. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia* 20, 37: 11-26. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/boletin/article/view/6887>
- West, Robert. 2000 [1957]. *Las tierras bajas del Pacífico colombiano*. Bogotá: ICAHN.
- West, Robert. 1972. *La minería de aluvión en Colombia durante el periodo Colonial*. Bogotá: Imprenta Nacional.

Entrevistas

- Entrevista 1: entrevista realizada a líder comunitario. Biblioteca Departamental, Cali, 10 de noviembre de 2017. Diario de campo.
- Entrevista 2: entrevista realizada a lideresas y líderes comunitarios. Restaurante, Guapi, 12 de noviembre de 2017. Diario de campo.
- Entrevista 3: entrevista realizada a líder comunitario. Hotel, Guapi, 12 de noviembre de 2017. Diario de campo.
- Entrevista 4: entrevista realizada a lideresas y líderes comunitarios. Restaurante, Guapi, 13 de noviembre de 2017. Diario de campo.
- Entrevista 5: entrevista realizada a líder comunitario. Sede de la Pastoral Social, Guapi, 14 de noviembre de 2017. Diario de campo.
- Entrevista 6: entrevista realizada a líderes comunitarios. Quibdó, 25 de agosto de 2017. Diario de campo.

Entrevista 7: entrevista realizada a funcionario. Quibdó, 25 de agosto de 2017.

Diario de campo.

Entrevista 8: entrevista realizada a líder comunitario. Quibdó, 25 de agosto de

2017. Diario de campo.